

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Enseñanza religiosa en las escuelas y en el hogar doméstico, por D. Leandro A. Herrero.—*A la Creacion*, poesía, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Galería de artistas célebres*; IV: *El Spanoleto*, por D. Julian Castellanos.—*La reina del poeta*, poesía, por D. Félix Pizcueta.—*Las delicias*, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—*La corte y la aldea*, poesía, por D. Leandro A. Herrero.—*Mariquilla la idiota* (conclusion), novela, por doña Rogelia Leon.—*Esplicacion del figurin*.—*Variedades*.
Pliego cuarto del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ENSEÑANZA RELIGIOSA

EN LAS ESCUELAS Y EN EL HOGAR DOMESTICO.

II.

Hemos dicho en el anterior artículo que á los niños agradan más las pinturas del Dios bueno y misericordioso que las del Dios de las venganzas: así es en efecto, y desarrollándolas discretamente ante sus

ojos, bien por boca del educador ó por la de la madre de familia, se consiguen dos bienes, igualmente precisos: hacer amable la Religion, y hacer que los hombres amen á Dios por pura contricion, que es la forma más grande del amor.

El reglamento orgánico de las escuelas previene á los maestros el deber de imprimir una direccion conveniente á la enseñanza religiosa, tanto en la parte que atañe á lo que han de creer los niños, como á lo que han de practicar. Así ordena que los ejercicios de las escuelas comiencen siempre por una oracion piadosa; y que, además de la enseñanza del dogma, se acostumbre á los niños á frecuentar la iglesia, á presenciar las solemnidades del culto con temor y recogimiento, y á escuchar un día por semana, á lo menos, esplicaciones adecuadas á su capacidad sobre motivos del antiguo y nuevo Testamento. Igual regla deben imponerse las madres, y aun pudiera decirse que á ellas las obliga más que á los maestros, puesto que tienen mayor carácter y más aptitud para desempeñar esta enseñanza. Más no se crea que con esto quedaria hecho todo: si no saben formar el sentimiento religioso; si no saben

grabar los dogmas en los corazones; si no saben inspirar dulce y tiernamente la piedad, no alcanzarán perfecto resultado. En religion, la parte docente ó didáctica es insignificante, comparada con la que atañe á la educacion del sentimiento: las verdades religiosas no deben solo aprenderse; vale más que se infiltren en el alma, y el tiempo que se emplea en enseñar devociones estériles antes de que la razon y el convencimiento hayan adquirido el oportuno desarrollo, es un tiempo precioso que se pierde, y que puede aprovecharse en tareas más útiles y saludables.

Es muy frecuente ver, no solo en aquellos limbo sociales donde entrañan la miseria extrema y la ignorancia extrema, sino entre la clase media, que es la más ilustrada; es muy frecuente ver personas que presumen de una religiosidad superior, por el solo mérito de rezar muchas devociones, sin detenerse á meditar lo que significa, y, lo que es peor, sin emplear tiempo alguno en estudiar las verdades inefables de la Religion. Tal práctica es errónea y absurda, y á la vez que reclama crasa ignorancia, revela tambien una candidez grosera y supersticiosa.

Y si esto es punible, con mayor razon lo serán los hábitos de los hipócritas que forman en esta línea, los cuales suelen rezar en voz alta cuando hay alguien que les oye, pues cuando están solos ya emplean más dignamente su tiempo, pronunciando asquerosas blasfemias y mofándose satánicamente de la religiosidad que afectan para seducir y explotar á las gentes sencillas. A estos ya los condenó Jesucristo, como condenó tambien á los que ejercen la caridad dando trazas de que todos lo vean para conquistar un vil aplauso.

Para despertar el sentimiento religioso de los niños, y el amor puro y ferventísimo que conciben muy pronto hácia el Soberano Criador de todas las cosas, conviene que las madres y los maestros consagren todo el tiempo posible á entretenerlos con narraciones curiosas é interesantes sobre asuntos de la Sagrada Escritura. Se dirá: ¿Quién ha de enseñar á las madres la Historia Sagrada? Los párrocos en las iglesias. En cuanto á los maestros, seria de desear que ampliaran más el estudio de esta materia en los seminarios.

Más no se crea que es conveniente enseñar á los niños toda la *Biblia*: esto es imposible; basta elegir aquellos trozos más adecuados á su tierna capaci-

dad. Además hay que poner cuidadoso esmero en la eleccion de las pinturas que se han de desarrollar ante sus ojos. Los cuadros dulces y pacíficos de la *Biblia* les han de encantar más que los cuadros sombríos y terribles. Más que el degüello y las carnicerías de Sichen, les han de agradar el idilio de las virtudes y desgracias del casto Tore; mejor que la pintura del Sinaí, fulminando rayos y centellas, la pintura del Tábor, resplandeciente de gloria y hermosura por la presencia del Salvador. Conviene, pues, emplear una direccion suma en la eleccion de los motivos sagrados. A los niños encantan más las virtudes sencillas y amables del periodo patriarcal, que las virtudes feroces de los tiempos guerreros de Israel. Para ellos tienen más atractivos los sacrificios pacíficos que los sacrificios cruentos, y gustan más de la historia de Melkisedech que de la oblacion sangrienta de Jepté. Por esta razon prefieren el nuevo Testamento al viejo, y no vacilan en conceder preferencia á Jesucristo sobre Moisés.

Es muy sensible que en España no se haya compuesto un libro adaptado á este objeto, escrito en estilo familiar, sencillo y comprensible para todas las inteligencias. Seria un verdadero libro de oro del hogar doméstico y las escuelas.

Careciendo de él, los párrocos y los maestros pueden suplir su falta en la forma más conveniente. Para esto no se necesitan grandes esfuerzos intelectuales.

En resumen: la enseñanza religiosa impone á las madres y al magisterio público los más serios deberes. Cuantos esfuerzos hagan por destruir errores supersticiosos, por desarrollar el sentimiento del amor de Dios, y por darle á conocer tal y como es de bueno y de misericordioso, alcanzarán las mayores recompensas. Destruir el vicio, el absurdo, el fanatismo, la iniquidad y las supercherías de la hipocresía, es equivalente á extirpar de la viña social horribles plagas que envenenan y devastan todos sus frutos.

La enseñanza religiosa ha de abrazar por punto de partida la ilustracion de la conciencia, tal y como Dios la quiere; es decir, abrazando por único objeto la perfeccion moral del linaje humano para que realice su alta mision en la tierra, y se haga acreedor á la bienaventuranza.

LEANDRO A. HERRERO.

Á LA CREACION.

Dios lanzó desde su asiento
Sobre el *caos* una mirada,
Y aquella masa olvidada
Sin luz, forma ni color,
Al acento soberano,
Sintió que en su entraña fría
El rudo impulso surgía
De la vida y el calor.
Hágase: con voz potente
Esclamó Dios, y al instante
Un relámpago brillante
Cruzó el éter inmortal;
Y dilatando la atmósfera
Sus pliegues con doble brio,
Quedó formado el vacío
Como azulado fanal.
Un fuego desconocido
Brotó en vívidas centellas,
Aparecen las estrellas
Y la luna brilla en pos;
Y las nubes vaporosas
Por los vientos impelidas,
Son como gasas tendidas
Bajo las plantas de *Dios*.
Allí surge el sol radiante,
De luz manantial fecundo,
Y á sus pies comienza el mundo
Por sus vías á girar,
Mientras brotan á porfía
De la tierra las entrañas,
Valles, prados y montañas
Y las olas de la mar.
Allí un río se despeña
Sobre virginal pradera,
Allí una cumbre altanera
En la niebla se envolvió;
Brotan alfombras de flores
Y arroyuelos murmurantes
Al pié de árboles gigantes
Que un prodigio fecundó.
Cruzan el viento las aves
Con cánticos de alegría,
Y los peces á porfía
Surcan el claro cristal,
Mientras que buscan las fieras
Guaridas en la montaña,

Y dulce atmósfera baña
La creacion terrenal.
¡Oh Dios, Hacedor del mundo,
Fuente de toda ventura,
Tú que velas en la altura
La inmensidad de ese azul:
Que sonries con la aurora
Cuando clara y esplendente,
Ciñe la niebla su frente
Como vaporoso tul:
Señor del cielo y la tierra,
Tú que los orbes dominas
Y los astros encaminas,
Sabio, por la inmensidad;
Tú á cuyo poder terrible
Obedece el raudó viento,
Y tienes el mar violento
Sujeto á tu voluntad;
Escucha desde tu trono
Esos cánticos de gloria
Con que ensalza tu memoria
Entera la creacion!
Himnos que te envía el mundo
Siempre que la aurora brilla,
Plegaria dulce y sencilla
Envuelta en admiracion.
Por Ti las nubes galanas
Se matizan de colores,
Á Ti dedican las flores
El perfume de su amor.
Y los vientos que murmuran
Y los mares que se agitan,
Todos reunidos gritan:
¡¡Gloria, gloria al Creador!!

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

GALERIA DE ARTISTAS CELEBRES.

IV.

EL SPAGNOLETO.

I.

En Játiva, en esa hermosa y pintoresca ciudad
que se mira muellemente reclinada en la poética
falda del Bermisa; hundidos sus piés en una inmen-
sa alfombra de verdura; acariciada por las brisas
llenas de los perfumes de las mil flores que brotan
en sus prados; ceñida dulce y cariñosamente por el

Guardamar y Albaida, que despues de salpicar de blancas espumas sus cimientos, corren á confundir sus aguas tranquilas como el cielo que las cubre en amistoso abrazo con el Júcar, nació el día 12 de Enero de 1588 D. José Ribera, conocido vulgarmente con el nombre del *Spagnoletto*.

Sus padres, D. Luis y doña Margarita Gil, mandáronle á estudiar á Valencia, así que tuvo edad suficiente, deseando que su hijo abrazase la honrosa carrera de las armas.

Dotado de gran talento el jóven estudiante, sus progresos fueron rapidísimos; pero cuando sus maestros acariciaban la idea de verle convertido en una eminencia científica, miráronle abandonar el estudio, dejar que se cubrieran de polvo los libros, y empuñar con una afición febril la paleta y los pinceles.

Noticiosa su familia de tan repentino cambio, pretendió hacer entrar de nuevo al jóven en la senda que abandonara, pero sus esfuerzos fueron inútiles; Ribera espuso á su padre su resolución de hacerse artista, asegurándole que, de contrariar su gusto, solo conseguiria verle convertido en un adocenado doctor, ó en un mediano militar.

El arte habia inundado con su luz purísima el alma de nuestro jóven, que no veía, que no soñaba con más felicidad que la de ser un pintor notable.

Ante tan enérgica resolución cedió la familia, y José cambió lleno de gozo la universidad por el estudio del maestro Francisco Ribalta, pintor que por aquel tiempo gozaba buen nombre en Valencia.

Si rápidos habian sido los progresos de Ribera al empezar sus estudios, no lo fueron menos en el arte á que se dedicara; así es que muy pronto Ribalta vió con orgullo á su jóven discípulo convertido en un pintor inteligente, de tal modo, que no titubeó en partir con él su trabajo y sus utilidades.

A esta época de la vida de Ribera pertenecen, según opinion general, unos cuadros suyos que estuvieron colocados sobre los estantes de la librería del convento del Temple en Valencia.

II.

La ambición del jóven artista debia encontrarse satisfecha ante los lisonjeros resultados de su trabajo, pero no era así. Ribera, cuantos más progresos hacia en su arte, más ansiaba saber, y en su corazón fogoso y entusiasta, alzabase de una manera irresistible el deseo de pasar á Italia y estudiar en

aquel país, poético y privilegiado, las obras de los grandes maestros.

En las almas enérgicas, como la de nuestro jóven, querer, es realizar; así que, cuando más seguro se hallaba Ribalta de haber encontrado un digno sucesor en su querido discípulo, pasmose de sorpresa al escuchar de su boca el anuncio del viaje.

Inútiles fueron cuantos consejos empleara el maestro valenciano para detener á José, quien, en compañía de un hermano militar que pasaba á Nápoles á encargarse del mando de una compañía de ginetes, abandonó su patria.

La fortuna mostró adusto ceño á los viajeros, pues el soldado cayó preso en el primer encuentro, y el pintor vióse solo y sin recursos en un país extraño, sobre el cual estendia la guerra su manto de horrores.

Otro cualquiera hubiérase abatido ante tan angustiosa situación; pero nuestro jóven, impulsado por su carácter de hierro, no retrocedió ni un solo paso.

—Me he propuesto estudiar las grandes obras que encierra Italia en su seno, y, ó las estudio, ó muero, antes que volver á mi patria sin conseguir mi propósito.

Esto se dijo para sí Ribera; y fijo solo en este pensamiento, emprendió á pié su viaje á Roma, teniendo que implorar durante el camino la caridad pública.

Estenuado de fatiga, llegó por fin á la Ciudad Eterna, y como su traje ni sus recursos fuesen nada á propósito para presentarse en casa de ningún maestro, empezó á copiar en las calles y en las iglesias las obras de los grandes artistas, manteniéndose de limosna, y pasando muchas veces las noches en los átrios de los templos donde trabajaba de día.

Sus dibujos hechos con tino sin igual, llamaron bien pronto la atención de los jóvenes artistas, y hasta de reputados maestros, y todos empezaron á designar con el nombre de *Spagnoletto* á aquel pobre y hambriento jovencillo, á quien siempre se veía trabajando con un afán que rayaba en locura.

Un día que Ribera ocupábase en reproducir un pequeño fresco que adornaba la fachada de un palacio, acertó á verle el cardenal Borgia, que en su suntuoso carruaje pasaba hacia el Vaticano.

Llamó la atención del cardenal el cuidado y la figura con que el jovencillo trabajaba, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Eres artista?

—Pretendo serlo, Monseñor, replicó Ribera con respetuoso tono.

—Tu acento me indica que no eres italiano.

—Soy español.

—¿Y quién es tu padrino?

—Fácil es adivinarlo, contestó Ribera sonriendo, con solo echar una rápida ojeada sobre mi mugriento vestido.

Llegué poco hace á Roma, y no conozco á nadie.

—Bien, tu aplicacion al trabajo te hacen digno de mejor suerte; por lo tanto, yo me encargo de ti, y desde hoy serás de los de mi casa.

Efectivamente; desde aquel día Ribera pasó á habitar en el palacio de Borgia, donde encontró cómodo lecho, provisto guarda-ropa y suculenta mesa.

III.

Al ver nuestros lectores pasar á Ribera de la miseria á la abundancia, creerán, de seguro, como nosotros mismos creímos tambien, que una nueva trasformacion se operaria en su génio sublime, y que el pintor, moviéndose en un espacio más dilatado, sin trabas de ninguna especie, adelantaria á paso de gigante por la espinosa senda del arte.

Pero no sucedió así: el *Spagnoletto*, que sumido en las privaciones, luchaba día y noche por adquirir nombre y posicion, aturdido con el repentino cambio que su vida sufriera, perdió el hábito del trabajo, entregándose en brazos de la molice y de los placeres.

Algunos artistas contemporáneos conocemos, á quienes la credencial de un pingüe destino, ó la proteccion de algun alto personaje les arrastra á imitar la conducta de Ribera, dejando nuestro teatro huérfano de sus inspiradas producciones, y entregado completamente á merced de traductores sin génio y sin conciencia.

Pero el que nace verdadero artista, el que siente en su alma palpar la llama sublime del génio, no puede permanecer mucho tiempo ocioso.

El artista tiene dentro de sí un móvil, un agente superior que le impulsa á pesar suyo á trabajar; esto sucedió á Ribera.

Llegó un día en que entró en cuentas consigo mismo, y convenciéndose de que la abundancia en que vivía era la causa de su poco apego al trabajo, dejó el palacio del Cardenal, resuelto á emprender de

nuevo su vida errante y miserable, pero llena de emociones y de poesía.

Con la misma fé que antes púsose á trabajar, y las obras de Rafael y Caracis, copiadas con sin igual cuidado, dándole reputacion y provecho, con lo que vive en actitud de ser admitido como discípulo en el estudio de Miguel Ángel Carabaggio, uno de los más célebres artistas de Roma.

Veinte años contaba solo el *Spagnoletto* cuando se puso bajo la direccion de tan entendido maestro; y aunque su adversa fortuna le privó al poco tiempo de tan entendido director, pues el Carabaggio descendió al sepulcro el año 609, Ribera habíase encantado tanto en su estilo vigoroso y terrible, imitaba de un modo tan notable el efecto del claro-oscuro que poseía aquel, que sus obras llegaron bien pronto á confundirse.

Muerto el Carabaggio, Ribera, deseoso de admirar las obras del Coreggio, pasó á Parma, y sorprendido, tanto del mérito como de la dulzura y suavidad del estilo, estudiólos detenida y concienzudamente copiando muchas de ellas; y consiguió de esta manera suavizar la fiereza adquirida bajo la direccion de su maestro y formarse un estilo propio, en el cual se hermanaba lo bueno de los dos notables artistas.

IV.

Roma volvió de nuevo á abrigar en sus muros á Ribera; pero rivalidades y envidias le alejaron bien pronto de su seno, llevándole á establecerse en Nápoles.

Sin más recomendacion que su génio y sus pinceles llegó el *Spagnoletto* á la ciudad; pero el acaso hizo amigo de un mercader de cuadros, persona inteligente y de posicion, quien, conociendo el mérito de Ribera, le ofreció la mano de su hija única.

Aceptado el partido por el artista, celebróse el enlace, y las relaciones de su mujer hicieronle bien pronto adquirir reputacion y clientela.

Era costumbre de los pintores en Italia, cuando terminaban un cuadro, el ponerle al público á la puerta de sus casas.

Esto tenia la doble ventaja de dar nombre al autor, y de conocer el juicio critico que de la obra hacia la multitud, inteligente sobremanera en aquel país cuna de las bellas artes.

Un día, siguiendo esta costumbre, Ribera espuso en uno de los balcones de su morada un cuadro

recien terminado, que presentaba el martirio de San Bartolomé.

El público acudió á ver la obra del artista, la cual agradó tanto, que á las pocas horas de estar espuesto, una multitud inmensa inundaba la calle, lanzando aclamaciones de entusiasmo.

El ruido de aquella demostracion llegó hasta la cámara del Conde de Monterey, Virey á la sazón, el cual, presumiendo que seria un motin, mandó á uno de sus oficiales á restablecer la paz alterada.

Grande fué su sorpresa cuando llegó á enterarse de la verdadera causa de la conmocion, y deseoso de admirar tambien una obra que tanto aplauso merecia, ordenó se la presentaran.

Acudió Ribera con su cuadro al palacio, y el Virey, participando del entusiasmo de la multitud, recibe doble contento al ver un español, un compatriota, en el inspirado autor de tan notable lienzo.

Con este motivo, despues de colmar al *Spagnoletto* de deferencias y distinciones, le nombra su pintor, y asignándole una pension considerable le obliga á vivir en su mismo palacio.

La suerte de Ribera, notablemente mejorada desde su casamiento, se asegura por completo; y el pobre artista, el haraposo jovencillo que se miraba pocos años antes dibujando en los templos de Roma, sosteniéndose de la caridad pública, encuéntrase, merced á su inspirado génio, rodeado de las más esquisitas distinciones, dueño de una fortuna inmensa, y halagado por las personas más notables que tenían á gran honra en admitir entre sus amigos al inspirado artista.

Pero Ribera, como casi todos los mortales, al verse colocado en la cumbre de la fortuna, miró con desprecio y frialdad á los que como él, en otro tiempo, gemian entre las privaciones, olvidando aquella noble máxima que dice: «Tú que vives en la opulencia, piensa en aquellos que gimen en la miseria.»

El *Spagnoletto*, rico, miembro de la Academia de San Lucas, de Roma, que le recibió en su seno, poseyendo la condecoracion de la Orden de Cristo recibida del Papa, admirador de su raro talento, no pudiendo cumplir con las muchísimas personas que le demandaban cuadros, oponiase de una manera tenaz á que ningun pintor forastero hiciese nada en Nápoles.

Cercado de una multitud de discípulos que lo mismo manejaban la espada que el pincel, autorizaba á cuantos pretendian encargarse de alguna obra

en la ciudad en que Guido, Asínibal Carrache, Josepin y otros que acudieron á trabajar en la decoracion de la cúpula de San Javier, fueron arrojados de Nápoles por aquella turba escluvista de *matones*, y la tradicion arroja la responsabilidad de la muerte del inspirado Dominiquino sobre la frente de Ribera.

V.

Este modo tan poco noble de proceder del *Spagnoletto*, es el único borron que mancha su vida, llena en un principio de trabajos y privaciones y dicha y feliz cual la de ningun artista en su casi totalidad, pues como llevamos dicho, vivió querido de todos, con un tren igual al de los poderosos magnates, y alternando con lo más notable de la aristocracia, de tal modo, que llegó á unir una de las dos hijas que le concedió el cielo con un caballero de la primera nobleza.

Sobre su muerte, halláanse discordes los autores; unos aseguran que habiéndole robado D. Juan de Austria la única hija que le quedaba, abandonó á Nápoles, resuelto á vengar su afrenta, y que, no pudiéndolo conseguir, se suicidó, y otros, como el señor Cean Bermudez en su *Diccionario Historico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*, asegura que Ribera murió en Nápoles el año 1656 entre honores y satisfacciones.

Con su muerte perdió Italia uno de sus mejores pintores naturalistas, pues el *Spagnoletto*, si no llegó á su maestro en la suavidad del pincel, le superó en dibujo, y le igualó en la fuerza del claro-oscuro.

Imitador exacto de la naturaleza, é inclinado por carácter á tratar asuntos terribles, ninguno le superó en espresar con más fuerza ni verdad las escenas horribles del martirio de los defensores de la fé cristiana.

Sus obras se distinguen por un maravilloso conocimiento del claro-oscuro, por un vigor y una firmeza pe pincel que pocos artistas han poseido; y, en fin por un afan incesante en reproducir la naturaleza en toda su verdadera desnudez, sin olvidar sus más pequeños detalles.

Sus cuadros son innumerables, figurando en primera línea su *Apostolado*, *Prometeo*, *La Sacra Familia*, *El Martirio de San Bartolomé*, obra que, como ya sabemos, valió, puede decirse, á Ribera, su repentina elevacion.

JULIAN CASTELLANOS.

LA REINA DEL POETA.

Una tarde de Abril la vi sentada
 Bajo un árbol en flor, y su cabeza
 Sobre el añoso tronco reclinada;
 Un manso riachuelo
 Líquido espejo en que se mira el cielo,
 Murmurando á sus piés se deslizaba
 Por la floresta umbría.
 El resplandor divino
 Del rayo purpurino
 Que el rojo sol desde el ocaso envía,
 De luz su blanca frente circundaba.
 Yo estasiado admiraba
 Su juvenil belleza,
 Que es en la noche de mis penas día,
 Y al áura que las flores agitaba
 Así en dulce coloquio la decia:

«Los reyes de la tierra,
 Árbitros de la paz y de la guerra,
 Origen de placeres ó de llanto,
 De púrpura real tienen su manto,
 Y con adusto ceño,
 Bajo un sólio bordado de topacios
 Duermen tal vez en intranquilo sueño
 Al arrullo venal de los palacios.

Y en tanto que sus frentes
 Con fuerza oprime la diadema de oro,
 Mil esclavos entonan obedientes
 Cantos de adulacion en servil coro.»

«Pero esa virgen pura
 Si duerme bajo un sólio de verdura
 Matizado de flores;
 Si mezclas, áura, tu rumor incierto
 Á la voz de canoros ruiseñores,
 Cuando dicen cantando en el desierto
 Que son sus ojos manantial de amores;
 Si la corona con su ardiente llama
 El sol desde el ocaso;
 Si en verde alfombra de menuda grama
 La huella imprime del ligero paso;
 Si forma á su belleza
 Palacio la feraz naturaleza,
 Do pueda adormecida
 Gozar en sueños de la mente inquieta,
 Es que, loco de amor y de ternura,
 Del imperio inmortal de la natura
 Todo el dominio le cedió el poeta.

FÉLIX PIZCUETA.

LAS DELICIAS.

Si la grata amenidad no viniera de cuando en cuando á distraerme, y si la esperanza de otra vida celestial no calmara nuestras aflicciones, seguramente las penas que nos oprimen nos harían insoportable el vivir en este mundo. Náufragos en medio de un Océano de tribulaciones; sin ver, siquiera en lontananza, un faro que indique un puerto en donde poder salvarnos, fuéramos víctimas de la más funesta desesperacion. Pero el Supremo Hacedor ha creado para nuestro consuelo la belleza, la cual penetra en nuestra alma meciéndola en el dulce incentivo del placer; ha creado la fé, cuya virtud sobrenatural nos hace creer en su Divina Omnipotencia, nos da la esperanza y nos estimula á la caridad.

Enjugamos nuestros párpados bañados por el llanto que el dolor nos ha hecho derramar, y la resignacion viene en nuestro auxilio.

La naturaleza, que presenta á cada paso un sin fin de encantos, eleva el sentimiento, exalta la fantasía y hace brotar de ella un copioso raudal de encantadoras imágenes que se convierten en otras tantas delicias.

¿Quién no se inspira y siente grato placer al contemplar en una noche tranquila la bóveda azul del firmamento tachonada de brillantes estrellas que sirven de guía segura y fiel al navegante? ¿Quién el rayo melancólico de la luna no atrae placidamente á la memoria el recuerdo de sus primeros amores?

Quando al amanecer de un sereno día de mayo, á la orilla de un mar tranquilo, se ve que el sol principia á rayar sobre el horizonte y se refleja en las aguas plañideras que le cantan mansamente con su arrullo: ¡qué encanto tan halagüeño causa la majestad de aquella sublime estension!

Si se recorre la dilatada campiña que muestra su verde traje bordado de fragantes flores coronadas de gotas de rocío, ó si se penetra del bosque en arboleda sombría y se escucha el canto de las tiernas ave-cillas que saludan al Padre de la luz con sus suaves y melodiosos trinos: ¡qué impresion tan grata se recibe!

La tímida gacela que brinca por el empinado monte; el pavo real y el ave del Paraíso que ostentan sus bellísimos y pintados plumajes por la llanura; la ligera mariposa que revoloteando se para de

flor en flor, y el cisne que leve nada por la cristalina estension de un lago, son seres que móviles contribuyen á aumentar las delicias en el paisaje decorado por la sábia voluntad del Omnipotente.

El amante que contempla dos arroyos que se deslizan esmaltando su lecho entretejido de violetas y de nardos, y que más lejos juntan y confunden sus límpidas corrientes, se deleita, asimilando esta union á la que espera con su amada.

Gozan los recientes esposos que, sentados al pié de una clara fuente, ven al dorado pececillo sumergirse entre la linfa purá, y se miran retratados en el fondo prodigándose mútuas caricias.

La jóven madre cuando oye balbucear á su tierno hijo las primeras palabras, y que fija en ellas su inocente mirada mostrando la sonrisa en sus cariñosos lábios, siente una indecible delicia.

Por todas partes presta la naturaleza objetos para recrearse; pero el alma, ávida de mayores placeres, se vale de sus potencias y forma artificiosas delicias para apercibir las por sí, ó por medio de los sentidos, porque los naturales no satisfacen á su grandeza. Compone su imaginacion la poesia, que es el más ameno placer del pensamiento.

Debilitase por los sentidos con otras artes. Por la vista, se recrea contemplando el hermoso color é idealidad de los cuadros de Murillo; la correccion, valentía, color y dibujo de los de Velazquez; la hermosura de los de Rafael y de otros grandes pintores.

Gozan escuchando la armonía de unas obras como las de Rossini, y la melodía de otras como las de Bellini.

No obstante de los gratos y naturales aromas que contienen varios vegetales, hace que el arte los mezcle y combine, de cuya operacion resultan nuevos olores.

No satisfecha con que el campo produce dulces y sazonados frutos para mantener el cuerpo y dar gusto al paladar, inventa diferentes guisos.

Queriendo por miedo del tacto apercibir mayor finura que la que tienen las pieles y plumas de muchos animales, discurre la elaboracion del marfil y el tejido de seda, formando con este telas de raso y terciopelo. Aunque con todo esto no logre su intento.

Las artes son una necesidad del alma para deleitarse ella misma; y los sentidos son los conductores del deleite.

No son bastantes todas las delicias de la naturaleza y el génio del hombre para gozar continuamente en esta vida; el uso de los placeres embota la sensibilidad, y el espiritu cae involuntariamente en el hastio.

Este portentoso contraste debe precisamente suceder, porque siendo el alma inmortal no encuentra entera satisfaccion en ninguna cosa que sea perecedera; y aunque engañado busque la felicidad en las cosas de este mundo, no hace más que dormirse en los brazos de la ilusion para despertarse en los del desengaño. Búsquese, pues, el alivio de sus penas en las delicias de la tierra, y confie que hallará el remedio en la gloria del cielo, que es la eterna y verdadera delicia.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

LA CORTE Y LA ALDEA.

EPÍSTOLA MORAL

A EUSTAQUIO PEREZ DE LA CUESTA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido!
(FR. LUIS DE LEON.—*La vida del campo.*)
Oh! corte! oh! confusion! quién te desea!

(ARGENSOLA.)

Quéjaste, amigo, de la pena insana,
Que en esa aldea al pecho tuyo acosa,
Ausente de la vida cortesana.
¡Dichoso tú, que de una paz hermosa
Puedes gozar en el hogar sencillo
Al lado de una madre y de una esposa!
¡Qué gloria ofrece aquí el mezquino brillo
De esta Babel de perennal locura,
Cuyas miserias sabes al dedillo?
No reniegues jamás de tu ventura,
Y vive alegre en un rincón oscuro,
Ajeno á esta comedia de impostura.
El placer es ahí sencillo y puro
Y aquí se asfixia el dolorido pecho
Por el ambiente que respira impuro.
Un pan, una cabaña, y satisfecho
El hombre ahí con su familia amada
Bendice á Dios bajo el pajizo techo.
¡Cuánta zozobra aquí! desesperada
Cruza la vida en rauda torbellino,
Cubierta de miseria y desgraciada.

¡Cuánta espina siniestra en el camino
De este calvario, en este infierno hirviente
Donde ofrece martirios el destino!
Aquí abrumada la ardorosa frente,
Confusa gime bajo el yugo fiero
De una codicia vil, siempre creciente.
No hay fé ni honor; preséntasé altanero
El torpe vicio al que se arrojan flores
Por ser de infamia negro semillero.
Todo, pues, se marchita; los amores
Son un comercio innoble; aquí se vicia
La existencia en sus cándidos albores.
Se aplaude lo deforme, la justicia
Se postra avergonzada; aquí se entiende
Por virtud la doblez y la malicia.
Todo se compra, en fin, todo se vende;
El alma se ahoga, el pensamiento gira,
Y á lo grosero sin cesar propende.
Siempre se lleva en triunfo la mentira;
No hay verdad ni razon; es más mimado
El insensato que mejor delira.
Todo se halla en extremo exagerado:
Observa un hombre á quien la gula hastía,
Y otro que está por hambre devorado.
La vida para aquel es una orgía,
Al paso que este se desvela en vano
Por encontrar el pan de cada día.
No puede diseñar pincel humano
Este lúgubre cuadro que amedrenta,
Que llena el alma de pavor insano.
¡Oh! ¡que la garra del leon cruenta
Siempre del débil se estampó en la frente,
Dejando en pos de sí huella sangrienta!
Repara en este nuevo *orcus* viviente.
¡Cuánto esceso doquier; la intemperancia
Todo lo arrastra en su veloz corriente!
De todo apostatamos; la arrogancia
Que ostentaron ayer nuestros abuelos,
Sierva es hoy de una loca estravagancia.
Examina los míseros desvelos
De nuestra juventud: oro y placeres
Son el término de todos sus anhelos.
No la llames al bien; aunque tuvieses
El don de la elocuencia, se reirían
Los hombres con sarcasmo; y las mujeres,
De tu fé y sencillez se burlarían
Con descaro venal; solo tu audacia
Con estólido afán aplaudirían.
¡Oh corrupcion precoz! aquí hace gracia

El escándalo torpe; no hay clemencia
Para lo que es virtud, pena ó desgracia.
Se apellida *buen tono* la insolencia,
Y la sátira ruin, *chispa* ó *cultura*;
Elegancia y buen gusto la *impudencia*.
Repara esa doncella blanca y pura;
Aun no conoce el mal, y se engalana
Con el ropaje de mujer impura.
.
.
Todo está en la abyeccion prostituido:
Y encontrarás, si vienes en mal hora,
Hasta el débil anciano envilecido.
El lujo, cual esfinge que devora
Los peculios más pingües, se ha estraviado,
Y entre escombros sepulta al que la adora.
El buen gusto tambien se ha depravado;
Las artes no conservan su grandeza
Porque el cálculo vil las ha inmolado.
Lo deforme ha encarnado en la belleza,
Resultando que vicio tan frecuente
Les roba su esplendor y su nobleza.
El payaso pretende alzar la frente
Como el gracioso antiguo, y aunque grosero
Encuentra quien le aplauda servilmente.
¿Y qué dirás del Aristarco austero,
Jóven retoriquillo, que censura
En tono petulante y majadero?
Fué en el aula el más torpe; su locura
Llevóle á redactar la gacetilla,
Y allí escaló del Hélicon la altura.
De erudicion vulgar la tarabilla
Suelta sin pena; de su ciencia alarde,
Y en la crítica audaz severo brilla.
Nuevo Proteo, allá en su mente arde
El fuego sacro, y un sainete inmundo
Ó una zarzuela escribirá más tarde.
Su fama completó, cruzando el mundo,
Su renombre entre el aura lisonjera
Que le corona por autor fecundo.
Esto pasa en continua borrachera.
¿Mas qué se le ha de hacer? aquí es cordura
Adoptar esa fórmula echicera.
.
Caro amigo, no trueques tu ventura
Por esta confusion; vive ahí oscuro,
Ajeno á esta comedia de impostura.
El placer es ahí sencillo y puro

Y aquí se asfixia el alma dolorida
 Por el ambiente que respira impuro.
 ¡Dichoso tú que dilatada vida
 Cruzar verás, como ilusión de rosa
 Por una santa paz embellecida!
 ¡Dichoso tú que la existencia hermosa
 De sábio y de hombre partirás amante
 Entre una madre tierna y una esposa!
 Y al mirar ese cielo fulgurante,
 Bóveda inmensa, pabellon galano,
 Alfombra de los orbes, centelleante,
 Descubrirás con gozo soberano
 La sonrisa de Dios, que el bien prodiga
 Con su potente y bondadosa mano.
 Sin zozobra, sin ansia, sin fatiga,
 Tus dias correran mal que le cuadre
 A esa fiebre letal que es tu enemiga.
 Bendice á Dios que al darte esposa y madre
 Plantó en ese lugar tan halagüeño
 El sepulcro bendito de tu padre.
 No te inquiete jamás el rudo empeño
 De hacer arribo á esta Babel tan fea:
 Si quieres grande ser, vive en tu aldea;
 Como vengas aquí, serás pequeño.

LEANDRO A. HERBERO.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Conclusion.)

Cuando partí de aquella casa, María vivía aun.
 Cuando volví á cruzar sus umbrales, en otra au-
 rora sonrosada y hermosa como aquella, las jóvenes
 campesinas rodeaban un féretro.

Por encima de sus cabezas asomé la mía, y vi una
 virgen vestida de blanco con su corona de rosas y
 su velo de flotante tul.

Un anciano lloraba á lo lejos de la casa, sentado
 bajo un olmo antiguo.

Dos jóvenes, hincados de rodillas delante de él,
 estrechaban sus manos, y le acompañaban en su
 llanto.

Estos jóvenes se llamaban Aurelio y Cecilio.

El anciano se levantó para ir al lado de su es-
 posa, que sufría mucho, y los dos mancebos se
 quedaron solos.

Aurelio miraba á Cecilio; Cecilio bajaba los ojos
 pensativo y sombrío.

VIII.

El féretro de María, era blanco, con cintas azu-
 les, y estos dos hermosos colores se asemejaban
 muchísimo al de su faz con los tintes de la muerte.

Las jóvenes que le rodeaban referían por lo bajo
 su historia, toda llena de rasgos portentosos de ca-
 ridad.

—¡Pobre niña! murmuraba una.

—¡Desgraciada criatura! decía otra.

—¡Oh! ¡esas víboras de sus hermanas tienen la
 culpa!

—¿Cómo? preguntaba una muchacha cándida y
 graciosa, que sonreía y lloraba á la vez.

—¡Toma! ¡como que sí!

Tiene la culpa; porque creyó Rosario que ella le
 había quitado su novio Aurelio, y la maltrató y la
 arrojó á la calle una noche en que silbaba el hu-
 racán de modo que arrancaba las casas.

Aquella misma noche habían robado á María, y
 ambas hermanas, un niño que ella había recogido
 por caridad.

Fué una noche de lo más terrible.

Figuráos que Rosario hacia cara á dos: Aurelio y
 Cecilio: y encontró una ocasión de esponerlos á
 que se matasen el uno al otro.

—¿Pues no eran tan amigos?

—Sí, sí; los hombres son amigos hasta que se ha-
 llan en el camino con una mujer.

Por fortuna acudió á tiempo Andrés, el amigo
 de ambos, no sin que Cecilio tuviese ya una herida
 en el pecho; pero ya está curado, y arrepentido del
 lance. Pues la tal niña en cuestion se fugó del
 pueblo á los dos dias con un teniente de Aragon,
 tan audaz como buen mozo; y Aurelio y Cecilio que-
 daron iguales; pero Aurelio ya no la amaba. La
 había conocido.

Como os digo, era una noche horrorosa. Todos
 los árboles bailaban á compás, y los rios habían
 crecido formando en su coriente un ruido que
 daba horror.

Todos los vecinos se habían apresurado á cerrar
 puertas y ventanas, y se habían acostado dejando
 luz á las ánimas para que les librase de todo mal,
 cuando la puerta de la Idiota se abrió con estrépito,
 y una mano vigorosa, aunque de mujer, arrastró un
 bulto fuera de la casa.

Lo arrojó en el umbral, donde permaneció
 quieto más de una hora.

Ni un sollozo se oyó, ni un gemido, ni nada que indicase que aquello era un cuerpo humano.

Era cerca de la madrugada, y el viento seguía silbando, y la noche más oscura que boca de lobo, cuando el bulto se fué incorporando, y dió un gemido, como aquellos que mi abuela dice dan las ánimas en pena cuando se aparecen por este mundo para que se les rece con fervor.

Después de dar el gemido se levantó, y tendiendo los brazos como dos alas, se lanzó con el huracán por las calles del pueblo, y luego salió á los campos dando gemidos dolorosos y arrodillándose á cada momento, como pidiendo clemencia á Dios.

A la madrugada se oyeron otros ayes y el acompasado ruido de unos pasos, que seguían al que los lanzaba.

Eran Aurelio, Cecilio y Andrés, que iban dejando tras sí un lago de sangre.

Cecilio iba ya herido, y sus dos amigos le sostenían y le ayudaban para conducirlo á casa de Aurelio.

Aurelio iba sombrío y silencioso como la muerte. Se había visto obligado á verter la sangre de aquel que quería como un hermano.

El herido le pedía perdón por sus ofensas, y le decía con voz temblorosa y agitada:

—¡Tú no tuviste culpa, amigo mío! Si muero, razón tuviste en matarme; porque te ofendí mucho, é hice traición á tu generosa lealtad.

Cuando así hablaban, un grito doloroso les hizo detenerse y callar.

Era la pobre María, que sola, abandonada por los campos, se había acercado al grupo, y al conocerlos y ver la catástrofe que su hermana había promovido, lanzaba aquel grito desgarrador, y caía sin sentido á los piés de los tres jóvenes.

Por eso fué conducida á la casa de Aurelio, y por eso este, cerciorado de sus virtudes y sus martirios, la quiso tomar por esposa, en los momentos que la pobre niña iba á dejar el valle doloroso de las lágrimas.

¡Pobre María! A la caída de la tarde, de aquel día en que debían conducirla al cementerio, un pobre mendigo pidió por favor que le dejasen pasar á verla.

El infeliz venía casi arrastrando, y su ropa era tan miserable y abandonada, que hubiera inspirado horror, si la pobreza no fuese siempre grande ante la cristiandad verdadera.

El mendigo pasó á la sala donde se hallaba el féretro, y con voz débil suplicó á las doncellas que le rodeaban le dejaran ver á María.

Todas se retiraron con respeto, y el infeliz anciano, hincándose de rodillas, dijo:

—¡Vengo á morir contigo, mi buen ángel!

¡Desde que tú dejaste de llevar pan á mi cueva, nadie se ha compadecido del tío Lorenzo!

¡La fiebre y el hambre me han ido devorando, y salí á buscarte para que me diceses de comer!

¡Me dijeron que estabas aquí, y vine buscarte!

¡Te he encontrado al fin!.... ¡pero muerta!....

¡Ya dije yo que, cuando no me llevabas pan, sería porque habías dejado de existir. De otro modo no me hubieras abandonado jamás.

Pues bien, voy á seguirte; porque tú eres mi providencia, y sin ti todo me faltaría, porque de los viejos y los mendigos todos huyen menos tú.

Y el infeliz cayó sobre el pavimento, tendidas las temblorosas manos hácia el cuerpo de la joven.

Le levantaron, y solo vivió algunas horas, llamando siempre á María.

Cuando el cortejo fúnebre salió del caserío, ya eran dos los cadáveres que conducía. Una turba de ancianos, mujeres y niños le iban escoltando, bañados sus rostros en lágrimas dolorosas.

Aurelio y sus padres, asomados á las anchas ventanas de una torre, veían aquella blanca caja á lo lejos, distinguiendo los flotantes cabellos y la corona de azahar de la joven, como una paloma entre los verdes arrayanes donde baja á descansar.

Después distinguían el negro féretro que conducía al mendigo, y la afligida comitiva que les rodeaba.

Los negros y rasgados ojos de Aurelio estaban rodeados de una nube plomiza, y su boca entreabierta dejaba pasar un aliento reseco por el dolor.

—¡Todo, todo ha concluido! dijo arrojándose de espaldas, viendo desaparecer entre los álamos los tules del velo de María.

—¡Todo menos la amistad!—respondieron Cecilio y Andrés, arrojándose en los brazos del joven.

—¡Todo menos la religión!—le dijo yo conmovido y bendiciendo su frente con dulzura.

—¡Ni el amor de mis padres!—dijo Aurelio, estrechándolos con pasión!

Todos rompimos á llorar, y nos dimos las manos con efusión, señalando el cielo.

Aun vimos flotar dos ó tres veces por intervalos

el blanco velo de la pobre *Idiota*; pero ni una palabra dijimos. El lenguaje más superior es elevarnos á la Divinidad.

EPILOGO.

Hace dos años que he vuelto á ver á Aurelio.

No se ha casado, ni se casará jamás. Así me lo ha asegurado, y así lo creo de su sonrisita amarga y su mirar sombrío y meditabundo.

Vive con sus padres, á quienes ama mucho, y se entretiene en educar un niño que ha sacado de la Inclusa, y que ya conocen nuestros lectores por el protegido de María.

Cecilio y Andrés le acompañan siempre, y toleran su melancolía, por más que ellos sean alegres y bulliciosos como siempre.

Nunca hablan de sucesos pasados, ni de dos mujeres arrepentidas, que visitan todas las tardes el cementerio y rezan en la tumba de María.

Rosario y Pilar se han vuelto dos mujeres devotas con mis consejos, y con la maravilla que vieron cuando sacaron los restos de María para conducirlos á un nuevo sepulcro que Aurelio la ha hecho construir; y con gran pasmo de todos encontraron el cadáver tal como le enterraron años anteriores, sin que sus carnes, sus ropas, ni sus flores hubiesen sido ajados ni corroidos.

¡Dichoso el sér contra el cual ni aun la destructora tierra puede ensañarse!

¡Dichosos los que, como María, lloran lágrimas de dolor en el mundo, para gozar despues venturas en el cielo!

Todas las mañanas, la tumba de la que el mundo sin comprenderla llamó *Idiota*, es regada por las lágrimas de los justos.

Todos los dias, Aurelio la lleva un ramo de flores.

¡Qué felices hubieran sido estos dos séres uniéndose en vida!

¡Ay! ¡cuánto más podrán serlo uniéndose en muerte!

Para ciertas almas solo hay una verdad y una dicha posible.

Dejar el *ser* que no es *ser*,
Y el alma pura elevar
Donde la vida es eterna
Como el Dios que nos la dá.

ROGELIA LEON.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de tafetan con dos faldas: la primera adornada en el bajo con un viés de tafetan azul, dispuesto en ondas, con una hilera de botones en el canto. La segunda, rodeada de un cordón de pasamanería, y levantada en cada paño con presillas de cinta; casaca ajustada de la misma tela que el vestido, y guarnecida por el mismo orden que la falda; sombrero de tul con largo velo.

Segunda figura. Vestido de tafetan á mil rayas, adornado en el bajo de la falda con entredoses de encaje; paletot *Duquesa*, de paño de Lyon, guarnecido de un volante de chantilly y de una cinta de pasamanería con botones. Encaje en las mangas, sombrero lila, adornado de cintas y flores.

Tercera figura. Niño de seis años.—Traje de alpaca, compuesto de pantalon corto y vesta bordada á *soutache*, y guarnecida de galon.

Proverbios árabes, que no deben olvidarse nunca.

Si tu amigo es de miel, no le comas entero.

La despensa se resiente cuando el gato y el raton viven en paz.

El no poder conseguir todo, no es una razon para abandonarlo todo.

Una palabra pronunciada reina sobre el hombre que la pronunció; pero mientras no se ha pronunciado, el hombre reina sobre ella.

Los vestidos prestados no abrigan.

Los mejores amigos en los ratos desocupados son los libros.

Las mejores visitas son las más cortas.

La embriaguez de la juventud es peor que la del vino.

Las ciencias son cerrajas, y el estudio su llave.

Toma consejo de uno que sepa mas que tú y de otro que sepa menos, y forma despues tu opinion.

—Un soldado andaluz habia matado de un bayonetazo á un perro que trató de morderle al pasar por la calle Mayor de un pueblo de Castilla.

Citado ante la autoridad por el dueño del perro que trató de morderle, preguntó el juez:

—¿Por qué has dado al perro con la punta de la bayoneta en vez de hacerlo con la culata, que era bastante?

—Zeño, contestó el soldado, como er perro trató é morderme con la boca y no con el rabo, puez, por ezo.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Calle de la Prata N.º 13, Pral Derecha

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

